

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Jara, 32

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

DESDE MADRID

Mirando á Cartagena

Algunos periodistas republicanos con quienes hablo en el Ateneo, me han preguntado qué pasa en Cartagena, suponiéndome, equivocadamente, enterado de los incidentes de la política local de esa ciudad. En las redacciones de los periódicos republicanos se tiene por cosa cierta que el señor García Vaso va á ingresar, á reingresar mejor dicho, en el partido republicano. Les interese en los aspectos íntimos de la política cartagenera. Querrian ser informados minuciosamente, en vista de los epígrafes violentos y desmesurados con que los periódicos cartageneros encabezan sus informaciones.

No he podido complacerles, como hubiera sido mi deseo. No sé de la política (?) de esa hermosa localidad más que lo que deduzco de los artículos de unos y otros diarios, no siempre claros, sino más bien confusos, como redactados para lectores que se hallan al corriente de los asuntos debatidos y á quienes sólo interesan los comentarios.

De esos artículos infiero que Cartagena atraviesa un período de violencia y de efervescencia pasionales, altamente perjudicial para los intereses comunes, para la paz, para el bienestar de la ciudad. ¿Quiénes son causantes de ese estado de cosas? Para mí el único responsable es el Señor García Vaso. Él ha sembrado vientos. Natural es que se hayan producido tempestades.

El señor García Vaso padece hace tiempo una alteración del sentido moral. La campaña contra el Banco es una prueba de esa alteración. Si el señor García Vaso se hubiera tomado el trabajo de meditar serenamente, no la hubiera emprendido. Más adelante, cuando el tiempo haya venido á apaciguar los ánimos, el recuerdo de esta campaña será un remordimiento para él. Las leyes morales no se infringen impunemente.

A pesar de todos los sofismas, esa obra difamatoria contra una entidad mercantil cuya base de subsistencia es el crédito, es una tremenda inmoralidad. Tan ilícito es verter sombras sobre el crédito de un establecimiento comercial, como destruir con insidia la honra de una mujer. Si en el Banco se han cometido irregularidades, cualquier ciudadano que las sepa tiene el derecho y el deber de denunciarlas al

Juzgado de guardia. Eso es lo decente, y eso acreditaría el valor cívico del que á ello se atreviera. Pero limitarse á insinuar vagas sospechas de posibles fraudes y quebrantos, sin concretar, sin determinar, sin precisar en qué estriban actualmente, es algo de que ninguna persona digna se consideraría capaz.

—Es que el director del Banco hace política—se dirá. Y prescindiendo de que ambas cosas no son incompatibles, pues que ese cargo no priva de los derechos políticos ni á nadie se le ha ocurrido suscitar jamás semejante oposición, ello no autorizará de ninguna manera para cercenar el crédito mercantil del Banco mismo, que forma parte de sus bienes, de su propiedad, como el hecho de que un almacenista de comestibles hiciese política no autorizaría para robar las mercancías de su tienda.

No, eso no puede ser. El Sr. García Vaso no lo ha pensado bien. El señor García Vaso, además, ha adoptado una táctica errónea en su vida política: y es la de aumentar, la de multiplicar el número de sus adversarios simultáneamente, en lugar de irlos venciendo uno por uno. Esto le obliga á dispensar los tiros, es decir, esto le coloca en situación de inferioridad manifiesta respecto de sus enemigos. En vez de mantenerse en buenas relaciones con sus aliados, ha tenido la debilidad de enojarlos; aunque no sea más que por el lazo de una acción común, por el hecho de que todos le combaten á un tiempo, sus adversarios unidos, son más fuertes que él. Esto es inevitable. Y nótese que no hablo del fondo de las cuestiones, sino de la estrategia del procedimiento, del método.

Pero además el hecho de que un combatiente aumente de una manera rápida el número de sus adversarios, habla poco en favor de la razón de su causa, y de sus condiciones personales. Porque en un régimen de mayoría, el señor Vaso es amigo de las mayorías—no es presumible que los más se equivoquen frente á los menos, que los más sean malos, y los menos sean excelentes. Cuando un publicista luchador combate á muchas gentes, es axiomático que muchas veces combate con injusticia. Y los injustamente combatidos natural es que, por una reflexión muy humana, estén dispuestos á considerar que todas las campañas anteriores de su agresor eran igualmente injustas.

Yo no pongo acritud en estos juicios, ni quiero ofender á nadie; estudio

DE EXTRANJIS

¡El mayor monstruo..... Pepele!

El hijo adoptivo de—el Albuñón y la Flora, en su grey aduladora—mantiene viva la fé. Los reúne, les perora—les enseña el peroné y les promete *parné*;

y hasta, si es preciso, llora—y les suelta el *yo pequé*.

¡Oh fácil embaucadora—oh sugestiva *Frine*, ¡oh vestal fascinadora—dame un vaso de café!, ¡Me muero de hambre y de sed—desde que te vi *Señora!*

Por favor embriégame—con tu labia arrulladora, con tu ingenio *demodé*,—más jugoso que un bisté de los que sirven ahora—en casa de *Freypeinet*.

¡Oh pequeño Josué—dispón que salga la «Aurora» y que la pata me dé!—Recuerdos á Rocamora, al *chauffeur*, y á la pastora—de aquella *maison dore* donde tu ex-cajero mora—¡Oh, Monarca del quinqué y de la buja inodora!—deja que te pise el pié y saludé á tu Mentora—¡Oh qué pulcra zurcidora es la hermosa Salomé!—¡Con qué cálculo enamora á la Inocencia, el gaché!—¡El ingenioso bebé cómo la pladora dora!—¡Con qué maña vengadora hace al pueblo el paripé!—Su elocuencia es corruptura, de doble *u* y triple *p*.—¡Oh, más sabia domadora ni se ha visto, ni se vé!—¡Con qué avaricia devora el rico *marrón glacé*!—¡Con qué avidez retadora, escancia el *champagne-frapée*—¡Con qué gracia pecadora dá un paso de *minué*!—¡Qué mirada abrasadora, lanza á la *Banque-privée*!—¡Cómo le hace el balancé á la Caja de... Pandora!—¡Con qué verborrea implora la dicha que yo soñé!—¡Quién te vió de cazadora y hoy te admira de chaqué!—¡O con un frac de Noé y guantes de su Señora!—¡Quién con bimba-trepadora ó Titta-Rufó *pelé*—y ayer con gorra ó castora ó un *frégoli chimpacé*—¡En *sleeping-car* agora y antes en *furgón-exprés*!—¡Antes fámula raptora y hoy Princesa con tupé!—¡Antes virgen tentadora y hoy mártir de quien yo sé!—¡Antes con bata incolora y hoy con vestido *chiné*!—¡Ay!, quien te ha visto y te vé, no te conoce—Teodora—tu bloque *Galeoto* fué

Cójete,

porque el barbote se escora—¡Muchas gracias!—No hay de qué.

X. Y. Z.

un caso, nada más. Si de él resulta mortificación para alguien, conste que no está en mi ánimo.

Por el bien de Cartagena, porque sinceramente creo que esas luchas son estériles y á nada práctico conducen, quisiera verlas acabadas.

J. P.

El que se revolvió contra Perfumo, que fué su protector, se revuelve ahora contra Payá que lo hizo diputado. ¡Triste destino el de las viboras!

BANQUETE

Madrid 17-9 m.

Anoche se celebró en Palacio el banquete de gala para solemnizar el cumpleaños de S. M. el rey D. Alfonso XIII, asistiendo noventa y cuatro comensales.

El acto fue amenizado por la banda de música de Alabarderos.

Hoy con dicho motivo donará el Rey á los establecimientos benéficos la suma de dos mil quinientas pesetas.

Levántinas

Apolinario. Anoche nos hemos encontrado de buen humor. Nos hemos sentido optimistas y como una onda suave ha invadido nuestro espíritu la sana alegría de vivir. Hemos paseado un poco. Hemos discurrido por la vieja urbe y hemos ido á parar al muelle. Allí hemos contemplado el mar. Este mar bueno y poderoso, estaba quieto y estaba triste, como si bajo su piel satinada durmiera rendido. Y nosotros no sabemos por qué misteriosa asociación de ideas, ante la vista del mar cansado y silencioso nos hemos acordado de tí.

Y á tu recuerdo nos hemos puesto un poco tristes. Tristes como estaba el mar. Tristes, como estarás tú sin duda... Y nos hemos preguntado ¿qué hará nuestro hombre? ¿Habrá empezado á ver claro? ¿Estará ya en plena redención? ¿Se habrá ya emancipado de esa tutela perniciososa que lo estruja, que lo agota?...

Y una vaga é inquieta curiosidad se ha apoderado de nosotros... Hemos tenido un momento de irresolución. Una maraña de ideas encontradas y zumbantes como un zurrón de abejas de oro, se ha colgado de nuestro cerebro. Hemos vacilado un poco, pero por fin, la curiosidad ha hecho un hincapié vigoroso y nos ha lanzado hasta su casa...

Hemos llegado. Hemos subido la escalera y allí ya hemos dejado nuestra envoltura de carne y nuestro espíritu sin trabas ha volado á tu lado. Ha entrado en tu casa. A lo largo de un pasillo una puerta entreabierta lanzaba un rayón de luz fuerte y vigoroso que rompía la sombra. Era tu despacho... Allí estabas tú... Y nuestro espíritu ha penetrado sin que tú te apercibas, co-

mo un suspiro del pasillo en sombra herido por la tajante cuchilla de luz; como un beso alado y misterioso de esta noche plácida y soñadora...

Buen despacho. Modesto, pero curioso y con orden. Se nota en él la mano cuidadosa de una mujer discreta y limpia... Tú estás sentado y trazas nerviosamente sobre un papel renglones, que deben ser definitivos por el crujido rasgueante que la pluma hace con sus gabilanes, rebrincando indómita en tu mar... Nos hemos acercado y por encima de tu hombro hemos leído.

Sr. Don Y. G. V.

Mi distinguido amigo:
La lucha de estos días ha llenado mi alma de un desaliento infinito. No puedo más. Salgo en este momento de la alcoba donde duermen inocentes, mis hijos, ángeles del cielo; he pensado un momento en su porvenir y me he decidido. Me separo de usted. Es posible que aun llegue á tiempo. Voy á encastillarme en mi soledad donde devorando la amargura de lo pasado, quizás logre ser útil á los míos. Esta determinación ya es fuerte. Ya me conoce Usted....

Por aquí iba lo escrito, y nuestro espíritu no ha necesitado más: Inquieto se ha posado sobre un retrato de tu tío Alfonso y aunque nuestro espíritu, no es el espíritu de un Labruyère ni mucho menos, hemos creído adivinar en la cara del buen viejo, como una ola de alegría que la animaba y hasta hemos creído percibir que por sus labios enérgicos y fruncidos salía un ¡gracias á Dios! ¡ya era hora! que nos ha hecho estremecernos ligeramente...

Cuando hemos salido á la calle, la luna espolvoreaba de plata el aire, y hemos pensado que todavía puedes redimirte. Que aún no es tarde. Adios.

¿Conque 30.000 del ala para que todo cese, eh...? ¡¡No las verán tus ojos!!

Novedades

"La Tierra" de hoy gusta á todos. Para los que gozan con las frases gordas, campañas *ho trudas* y violen-

—¿Y vuestra mujer tampoco?

—No ha sabido nada hasta hoy en que yo se lo he dicho al notar la falta. Yo no la hablo nunca de los asuntos oficiales.

El presidente asintió con la cabeza.

—No hacía falta esa afirmación, señor ministro; yo conozco hace mucho tiempo y sé la corrección y discreción con que obráis en asuntos de esta índole.

El ministro se inclinó.

—Tengo á vanagloria el ser de este modo.

—Bueno; ¿pero no pudo ella adivinar?...

—No, señor; ni ella ni nadie.

—¿Os ha llamado alguna vez otros documentos?

—Nunca.

—¿Quiénes conocen en Inglaterra la existencia de esa carta.

—Todos los miembros del Gabinete. Pero debéis tener en cuenta que además del secreto que garantiza cada uno de los Consejos que celebran, ha habido en éste la advertencia de que se trataba de un asunto peligrosísimo. ¡Y pensar que algunas horas después he sido yo el que lo ha perdido!...

Su rostro se contrajo de desesperación y las manos fueron garfios en la revuelta y sudorosa cabellera. Sin embargo, aquello fué un relámpago; y bien pronto el ministro de Estado recobró su habitual corrección, su aristocrático empaque y continuó con voz tranquila:

de patriotismo, porque si se descubriera lo más mínimo nuestro país perdería no poco.

Holmes y yo nos inclinamos y nuestras voces sonaron á una.

—Podéis tener entera confianza en nosotros.

—Esta carta ha sido escrita por un jefe de Estado bajo la impresión que le causó nuestro reciente aumento de colonias. Según hemos podido enterarnos el... referido jefe no dió cuenta del acto que hizo á sus ministros, dejándose llevar únicamente de sus primeros arrebatos. Así resulta la carta de altiva y de insultante. Si se hiciera pública, si la prensa y el pueblo se enteraran de lo que dice, dentro de una semana se había decidido la guerra.

Holmes escribió un nombre y se lo enseñó al presidente.

—Sí; ¡ese mismo est!—contestó lord Bellinger. Ese es el autor de esa carta que puede costar á Inglaterra muchísimos millones y centenares de miles de hombres.

—¿Le habéis avisado á él?

—Sí. Le he puesto un telegrama cifrado.

—Tal vez desee la publicación de la carta.

—No lo creo. Estoy seguro de que ahora comprende la estupidez que cometió dejándose llevar de un arrebato, que, además, no sea Inglaterra la que llevase la peor parte, caso de estallar en seguida la guerra.

—¿Entonces quién demonios puede haberla robado?

obtenido una gran recompensa. En el caso contrario, nos resignaremos antes que violar un secreto que no es nuestro.

Holmes se levantó sonriendo.

—Me parece, señores, que por muy ocupados que estéis ambos, no lo estaréis tanto como yo. Hay una porción de clientes que esperan mucho de esas excepcionales facultades mías—según dicen por ahí.—Lo siento mucho; pero en las condiciones que me proponéis, me es imposible ayudarlos. Perderíamos todos un tiempo precioso.

El primer ministro dió un salto. Por sus ojos pasó un relámpago de cólera, de aquella cólera que tantas veces hizo temblar al Gabinete.

—Yo no estoy acostumbrado...—empesó.

Pero haciendo un esfuerzo violento para dominarse, se sentó de nuevo.

Durante unos segundos, un silencio embarazoso nos hizo doblar la cabeza. Por fin, el viejo se encogió de hombros, como un hombre dispuesto á todo, y continuó:

—¿Qué remedio! Aceptaremos vuestras condiciones, Sr. Holmes. Tal vez tengáis razón, y tal vez también hayamos cometido una descomulgada dudando de vuestra caballerosidad.

—Opino lo mismo—dijo el ministro de Estado.

—Estoy dispuesto á hablar dijo el presidente del Consejo;—pero antes tenéis que prometerme, el doctor Watson y vos, que por nada del mundo saldrá de vuestros labios esta secreto. Es cuestión